

CON DEBRAY, POR LA REVOLUCION

Por A. B.

PUNTO FINAL publica en estas páginas un estudio sobre el pensamiento del escritor revolucionario Régis Debray. El intelectual francés, prisionero desde hace más de un año de los "gorilas" que gobiernan Bolivia, es autor de "¿Revolución en la Revolución?", "El Castrismo: la gran marcha de América Latina" y "América Latina: algunos problemas de estrategia revolucionaria", todos ellos publicados en PF. Nuestro colaborador A. B. hace un examen del pensamiento divulgado en esos trabajos por Debray y refuta las consideraciones adversas formuladas por otros comentaristas, como el dirigente comunista mejicano Gerardo Unzueta. PF, junto con divulgar este artículo, reclama una vez más la solidaridad latinoamericana con Régis Debray y el pintor argentino Ciro Roberto Bustos, ambos condenados a treinta años de prisión en una mascarada de juicio montada en Bolivia.

ES porque consideramos valioso el aporte del pensamiento de Debray al estudio de la forma en que se desarrollará la lucha revolucionaria en América Latina, que nos hemos propuesto fijar y aclarar ciertos conceptos vertidos por él en tres de sus escritos.

Creemos, además, que este estudio no es sólo tarea de un hombre, por muy esclarecido que sea, sino es tarea tanto de los intelectuales honestos, desposeídos de mañosas intenciones y, sobre todo, de los revolucionarios que luchan "en algún lugar de América".

Si bien en Chile han sido publicadas dos críticas a los trabajos de Debray ("Los errores de la teoría del foco", de Clea Silva, "Monthly Review" Nº 45, diciembre 1967, y la del dirigente comunista mejicano Gerardo Unzueta, aparecida en las ediciones del 21 de enero, 28 de enero y 4 de febrero del 68 de "El Siglo"), es necesario tener claro que el mismo Debray, como lo declaró, estaría en condiciones de agregar, modificar y completar sus trabajos.

Insistimos: el pensamiento de Debray debe ser ubicado en el contexto de la revolución latinoamericana, y no ser considerado como valioso o no valioso en sí mismo.

"Mi mayor pesar —dijo él—, es no haber combatido al lado del Che. Tratar de saber

cómo alcanzar la victoria, es también combatir".

I. CASTRISMO CONTRA REFORMISMO

En primer lugar, Debray trata de demostrar la justeza de la estrategia de la lucha armada en la mayoría de los países de A.L., oponiendo ésta al reformismo y a la vía pacífica electoralista de los partidos comunistas tradicionales.

La argumentación puede ser subdividida en los siguientes tres puntos:

1. Necesidad de una violencia revolucionaria organizada.

La violencia organizada es propia de las clases dominantes: es el poder del estado burgués, con todo su aparato. Frente a esta violencia, es necesaria una violencia revolucionaria que pueda enfrentarla con éxito. ¿Qué forma tomará este enfrentamiento necesario?: "Acción de masas" responden los PC.

Según Debray, la única vía realmente revolucionaria es la lucha armada¹. Pero:

a) Esta no debe hacer olvidar la necesidad de la educación ideológica de las masas, para obtener su participación consciente en la lucha. ¿Cómo hacer esta educación en las condiciones dadas de represión que son la realidad cotidiana en América Latina?

b) Aunque se realice esta educación, y alguna batalla sea ganada, ¿cómo defender esta victoria? "La réplica popular, la acción espontánea de las masas, es fácilmente desbaratada por la violencia organizada del enemigo". ("La gran marcha...", página 5.)

(1) Es necesario recordar la crítica implacable que Debray hace del "blanquismo", como también de las tentativas de toma del poder por medio del "golpe". Ver "La gran marcha...", p. 2 y 7. Se puede leer allí: (el foco) "cuenta sólo con poner a las masas en condiciones de derrocar por sí mismas el poder establecido".

2. La democracia nacional al poder. Una sola alternativa: traición o caída por "golpe".

La estrategia de alianza con la burguesía nacional, para la conquista del poder (y bajo su dirección), no resiste el análisis de los hechos. Estos muestran, dice Debray, que un movimiento democrático nacional, victorioso, bajo dirección burguesa, no tiene más que dos posibilidades de evolución:

a) La burguesía confisca el poder, fortaleciendo su poder económico mediante su poder político, y defendiéndolo contra quienes se lo han dado: estudiantes, obreros... "Amenazada por las reivindicaciones populares, esta burguesía de nuevos ricos traiciona entonces la ideología nacionalista que al principio caracterizaba su papel dirigente a la cabeza de las masas... cambia de casaca, y se dedica a colaborar cada vez más desvergonzadamente con el imperialismo, cuyos intereses se encarga de administrar, a cambio de algunos "royalties" y fondos de "ayuda", que serán invertidos rápidamente en autopistas y piscinas privadas". ("Algunos problemas...", página 16.)

b) Si no traiciona, si sinceramente trata de efectuar las reformas necesarias, choca con la oposición de las clases dirigentes y con el chantaje del golpe de estado; además se da cuenta rápidamente de que "el triunfo de una política de independencia nacional implica la adopción de medidas socialistas: esta verdad, una vez descubierta, provoca el pánico". ("Algunos problemas...", p. 17.) Entonces, "incapaz de oponer una alternativa seria a los representantes armados de su propia clase y del Departamento de Estado", es expulsada. "Un burgués (individuo o grupo de individuos) aunque sea lo suficientemente valeroso como para aceptar al pie de la letra la ideología nacionalista ostentada por su clase —pero no tanto como para romper con ella—, aunque se encargue de convertir a su clase en consecuenta consigo misma, es decir, de llevar a cabo la reforma burguesa de la sociedad feudal, se ve estrangulado por su propia clase, que vuelve contra él el instrumento de su dominación política: el ejército".

La impotencia de la burguesía nacional para llevar a cabo la tarea revolucionaria, no debe sorprender: no es más que la ilustración, la consecuencia de "la distancia que separa lo que ella es, burguesa y aliada del feudalismo agrario y del capital extranjero, de lo que ella afirma ser, nacional y antimperialista". (Idem.) Y además:

3. La experiencia cubana hace cada vez más difícil, para los reformistas, cualquier tentativa de frente unido con las "burguesías nacionales".

Estos saben, a partir de la revolución cubana —y la propaganda imperialista no deja de insistir sobre ello— que todo movimiento progresista, en las condiciones de hoy, puede desembocar rápidamente en una verdadera revolución socialista. "El paradójico resultado de una revolución, al principio democrático-burguesa como la revolución cubana, es el haber revelado y consolidado... la conciencia de clase vacilante de las burguesías nacionales vecinas". "...El triunfo de la revolución cubana tiende a radicalizar, organizar y uni-

ficar las diversas tendencias de la burguesía en un solo frente contrarrevolucionario..." ("Algunos problemas...", págs. 10 y 11).

Frente a esta realidad, "¿qué hacer?", Lenin respondió en su tiempo: una organización minoritaria de revolucionarios profesionales, capacitados y entrenados, que pueda hacer triunfar la lucha revolucionaria de las masas. La misma respuesta la proporciona hoy, dice Debray, el castrismo —que no es sino el leninismo redescubierto y adaptado a las condiciones de un continente que Lenin desconocía—, pero es necesario saber de qué se trata, en el fondo, cuando se habla de castrismo.

II. EL CASTRISMO: UNA REDEFINICION

Para Debray, lo más importante es no considerar al castrismo como un "modelo cerrado", sino como "una guía para la acción", y no confundirlo o tomarlo como algún tipo imperativo de "lucha armada a todo precio". Esta confusión se produjo, puesto que existieron, efectivamente, movimientos que hicieron de la lucha armada el "remedio en sí", del foco su propia estrategia, y que se llamaban a sí mismos "castristas". "El castrismo nada tiene que ver con eso", dice Debray. Analizaremos la aparición de dichos grupos de la siguiente manera:

1. Historia de los movimientos "castristas". ("Algunos problemas...", página 8.)

Para hacer la afirmación, antes expuesta, Debray parte del siguiente hecho que ningún militante sincero puede refutar: el reformismo de la mayoría de los PC tradicionales en A.L. Este reformismo se expresa así: "Frente unido con la burguesía" para una "democracia nacional" por medio de la "vía pacífica electoral". Para Debray la explicación se encuentra en los "contratiempos históricos" provocados por el centralismo internacional, entendidos como una transposición de consignas y tácticas, elaboradas en una situación histórica diferente. El 20º Congreso del PCUS lanzó la consigna de "coexistencia pacífica entre países con regímenes socio-económicos diferentes" (que no tardó en transformarse, en la práctica de muchos PC de América Latina como de Europa, en "coexistencia pacífica entre las clases", pues todo movimiento demasiado revolucionario podría poner en cuestión la "coexistencia pacífica"), a lo que puede agregarse la herencia de una táctica, quizás justa en otras condiciones históricas, pero con la cual los PC de América Latina cometieron el error de identificarse por mucho tiempo: la táctica de frente unido con la burguesía nacional contra el fascismo, consigna del movimiento comunista internacional, en los años de la segunda guerra mundial. (Ver "Teoría y Práctica", enero 68, La Habana.) El respeto por esa consigna, en condiciones socio-económicas diferentes, ha tenido por consecuencia la incapacidad de los PC para definir una estrategia coherente de toma del poder, así como una respuesta eficaz frente a la opresión reaccionaria, que no deja de dirigirse hacia ellos mismos, hacia las masas populares y —llegado el caso— hacia los "burgueses progresistas" que han ayudado a la toma del poder por algún tiempo. Debray examina el caso de Brasil. A partir de la revolución

cubana, esta incapacidad aparece menos soportable aún para muchos militantes, quienes se preguntan: ¿Es posible conquistar el poder mediante la lucha armada? La victoria popular es posible, ¿con o sin burguesía?

Esos dos "hechos" conjugados —ineficacia de los PC, victoria de la revolución cubana— tuvieron una consecuencia inmediata. Dice Debray: "Ante esta incapacidad, Cuba hace surgir, sin saberlo, en toda la A.L., medio centenar de organizaciones revolucionarias al margen de los PC, resueltas a la acción directa."

2. El balance.

Puede ser resumido así: ("Algunos problemas...", p. 2 y siguientes)

1959-60-61: "Años de heroísmo efervescente", aparición de "focos" en varios países;

1962-63: "Años de derrotas y divisiones", "una ola reaccionaria barre el continente".

"Hoy sabemos que ninguna de estas derrotas ha sido definitiva, sino que han hecho pasar al movimiento revolucionario a una etapa superior de reorganización... En nuestro lenguaje, siempre retrasado con una metáfora, podemos decir que la América del Sur ha vivido, inmediatamente después de Cuba, su "1905" del cual está saliendo, y que hoy toda esa experiencia puede ser objeto de reflexión".

Esta reflexión tendrá por objeto extraer las lecciones políticas generales de esas experiencias, y una idea más precisa sobre las condiciones de desarrollo de un foco. Estas, conocidas en mejor forma, permiten una mejor definición del castrismo. Las primeras enseñanzas (que veremos detenidamente en el punto que continúa) parecen ser las siguientes:

—El heroísmo no es suficiente ("Algunos problemas...", p. 9).

—La lucha armada no es, en sí misma, una panacea: la infiltración policial, que explica muchas veces la destrucción de los focos citados, puede explicarse por:

a) La ausencia o los defectos de la preparación política de los miembros de la organización;

b) La ausencia de preparación política en el terreno donde opera la guerrilla, lo que provoca un vacío en torno del foco.

—Se necesita, por último, "un aparato político de enlace, de ligazón con las masas urbanas, el único capaz de establecer relaciones con una acción de masas en la ciudad, en la medida de lo posible, legal; de amplificar, por medio de la propaganda, el eco del foco rural; de difundir y hacer penetrar en las ciudades un programa de acción, un manifiesto político; de asegurar el financiamiento y el suministro de armas, municiones y víveres desde el resto del país, etcétera". ("La gran marcha...", p. 11.)

3. Las enseñanzas.

La principal es el rechazo de la copia, ya sea de Cuba o de otros "modelos" revolucionarios extranjeros.

A.—Contra la copia de Cuba.

Cuba ha introducido transformaciones en la

situación política de A.L., particularmente en el lado de los explotadores, que impiden su imitación mecánica. Dice Debray: "Por el hecho mismo de existir como revolución para el imperialismo también, Cuba condenaba al fracaso toda tentativa de repetir mecánicamente la experiencia de la Sierra Maestra..." ("Algunos problemas...", página 8.) ¿Cuáles son estas transformaciones?

En el terreno práctico.—Hemos visto que Cuba ha demostrado que es posible tomar el poder y conservarlo, llevando con ello inmensas esperanzas a las masas y a los revolucionarios del continente, quienes tienen, desde la revolución cubana una alternativa al "fatalismo geográfico" y al reformismo de los PC. Cuba muestra, además, que no se debe construir una estrategia en torno de una alianza con la burguesía.

En el terreno teórico.—Cuba ha demostrado que el marxismo es válido para A.L., ha liquidado las falsificaciones socialdemócratas (tanto las "doctrinas nuevas", aprismo, etcétera... de la pequeñoburguesía, como el marxismo mecanicista): "Al probar que el marxismo como teoría universal de la historia tiene su punto de inserción en A.L., Cuba liquida al mismo tiempo todas las falsificaciones del marxismo, y con ellas, a todos sus voceros: Haya de la Torre, Betancourt, Paz Estenssoro, etcétera..." ("Algunos problemas...", página 9.)

"El verdadero peso de la revolución cubana se hace sentir con mayor fuerza, en el interior de la misma revolución: poner fin a los modelos revolucionarios soviéticos, chinos y aun cubanos; al confort estéril de los esquemas y las fórmulas; a la separación de las masas; al culto de la organización por la organización" ("Algunos problemas...", p. 9). Cuba ha mostrado la necesidad de la búsqueda de un camino revolucionario propio a A.L.; ha mostrado también la necesidad de recuperar la inspiración revolucionaria del marxismo-leninismo.

En el terreno político.—a) Enseñanzas para los explotadores: Como lo muestra Debray, ha habido a partir de la revolución cubana, un refuerzo inaudito —debido a la presencia de Cuba y de lo que implica como inspiración de movimientos resueltos a luchar— de los aparatos y medios de represión, desde 1960, debido a la "generosidad" de los EE.UU., "otra cara de la medalla dorada de la Alianza para el Progreso"; del mismo modo, se ha podido observar la modificación de los programas militares, orientados ahora contra la "subversión" interna más que contra cualquier agresión externa al hemisferio; se observa también el desarrollo de la "información" e infiltración. En suma, dice Debray, el imperialismo no se dejará más sorprender, al igual que (como lo hemos visto) la burguesía no se dejará seducir.

b) Enseñanzas para los revolucionarios: Deben saber, dice Debray, que, al contrario del Movimiento 26 de Julio, están solos y carecen de todo; están desacreditados por la prensa; hoy es menos fácil que hace cinco años, establecer un amplio frente de liberación; es menos fácil también, formar un ejército popular debido a la preparación anti-guerrillera de los ejércitos oficiales. Deben tener, dice Debray, la verdadera paciencia revolucionaria, es decir:

—Constituir mediante un trabajo de largo aliento, la fuerza fundamental de la revolución;

—Reunir a los explotados en torno de un núcleo de atracción. (Ver el desarrollo del ejemplo venezolano, con el concepto utilizado por ellos de "Guerra prolongada", en "Algunos problemas...", página 12.)

Esta verdadera paciencia revolucionaria debe reemplazar la "impaciencia castrista" de los primeros movimientos, lo que criticaban los reformistas, pero que puede explicarse, dice Debray, por el "estado de emergencia" en que están las masas de A.L., debido a la situación de "genocidio pacífico" que sufren y que no les permite esperar y creer en la "coexistencia pacífica".

Dadas estas transformaciones ocasionadas por la revolución cubana, dada la experiencia de los movimientos revolucionarios en A.L., ¿cuáles son las enseñanzas que se deben extraer?

Ocho son las principales que Debray resume en "El castrismo: La gran marcha de América Latina" (p. 11 y siguientes), que no podemos exponer aquí por lo extensas, aunque ellas presentan muchos interesantes e importantes aspectos de la "teoría del foco", en forma menos polémica que en el texto posterior, "¿Revolución en la Revolución?"

Todas las condiciones concretas que conducen a esas conclusiones, sobre las condiciones de éxito de un movimiento armado, que debe desarrollarse hasta la constitución de un ejército popular con miras a la toma del poder, impiden también la copia de esquemas importados —a pesar del valor que toda experiencia revolucionaria en el mundo tiene para todo revolucionario— aunque estos esquemas serían justos en otras condiciones.

B.—Contra la copia de esquemas revolucionarios importados.

Dice Debray, en "¿Revolución en la Revolución?", que el proceso tradicional de todo movimiento revolucionario es tratar, aun sin darse cuenta, de imitar la forma insurreccional del movimiento que lo precede: la revolución rusa trató de imitar a la Comuna de París; la china, de imitar el "Octubre" ruso, en Cantón; la vietnamita, de imitar las insurrecciones de los soviets campesinos.

Todo movimiento debe comenzar por ahí el aprendizaje de la necesidad de una vía propia, adaptada a sus condiciones específicas —"que no son ni naturales ni evidentes"—, es decir, el aprendizaje de su victoria. "Para un revolucionario el fracaso es un trampolín. Teóricamente más rico que el triunfo: acumula una experiencia y un saber".

En este momento, dice Debray, en que se definen los dos campos de la izquierda latinoamericana —revolucionarios o reformistas—, de los traspíes se debe sacar la conclusión de "rectificar el paso" en lo táctico, sin renunciar a la estrategia justa, ni a los principios.

Dice el Che citado por Debray: "De hecho, ¿se habrá producido la eclosión de la lucha armada? ¿Estará su vértice en Venezuela, Guatemala, Colombia, Perú, Ecuador? ¿Serán estas escaramuzas actuales sólo manifestaciones de una inquietud que no ha fructificado? No importa cuál sea el resultado de las luchas

de hoy. No importa, para el resultado final, que uno u otro movimiento sea transitoriamente derrotado.

Lo definitivo es la decisión de lucha que madura, día a día, la conciencia de la necesidad del cambio revolucionario y la certeza de su posibilidad." ("Guerra de guerrillas: un método", Che Guevara.)

Por lo tanto, hay que mostrar la inadecuación de los modelos que pudieron ser justos en otras condiciones, en otros tiempos, para que los revolucionarios se cuiden de aplicarlos mecánicamente y se decidan, por el contrario, a producir sus propias vías, hasta la victoria. Es esto lo que hace Debray en su crítica a:

—La autodefensa armada.

—Cierta manera de entender la propaganda armada y la base guerrillera.

—Y sobre todo a la sujeción de la guerrilla al partido, elevándolo al nivel de un principio abstracto, universal.

Este último punto, el más importante y muy mal conocido, en el cual se basan casi todas las críticas a Debray, merece ser tratado en punto aparte, cosa que haremos.

a) Crítica de la autodefensa armada

Está hoy, dice Debray, liquidada en los hechos, ante los ojos de sus propios partidarios, pues la guerra total de clases ya iniciada, impide cualquier solución de compromiso o de reparto del poder. "El fracaso de la autodefensa armada corresponde, en el plano militar, al fracaso del reformismo en el plano político", "no puede bastarse a sí misma, al menos si se pretende evitar la eliminación de la población civil".

Dice el Che citado por Debray: "La autodefensa no es nada más que una parte mínima de un todo con características especiales. Nunca puede concebirse una zona de autodefensa como un todo en sí, es decir, una región donde las fuerzas populares traten de defenderse del ataque del enemigo, mientras todo el territorio exterior a dicha zona permanece sin convulsiones. Si así sucediera, el foco sería localizado, atenazado y batido, a menos que pasara inmediatamente a la fase primera de la guerra del pueblo, es decir, a la guerra de guerrillas." ("¿Revolución en la Revolución?", p. 24.) Y Debray agrega, iniciando su excelente crítica a los trotskistas: "Dotar o no a las fuerzas populares de un destacamento armado, orgánicamente independiente de la población civil, liberado de las tareas de la defensa civil y que aspira a la conquista del poder político, tal es el criterio decisivo."

b) Crítica de la propaganda armada

Puede resumirse en esta frase: "La propaganda sigue a la acción militar, pero no la precede". ¿Por qué? Porque en las condiciones actuales de A.L. no se puede utilizar la táctica que fue exitosa en el Vietnam, en otras condiciones. ¿Cuáles son, en efecto, las condiciones propias de A.L. respecto a este problema? Estas:

—Tabú de las fuerzas represivas;

—Rastreo de todas las regiones, que hacen las fuerzas represivas;

—El foco, cuando comienza, está solo y es

ajeno a la población del lugar donde opera, no tiene ni siquiera armas para entregarlas a eventuales reclutas.

Por lo tanto, para A.L. tenemos que: después de golpes dados al enemigo —que constituyen la mayor y mejor propaganda—, el tabú de las fuerzas represivas disminuye (“le entran también las balas”), el rastreo es burlado por este tipo de propaganda y se toman las armas que serán distribuidas entre los reclutas incorporados.

La mala interpretación que se ha hecho de la propaganda armada, tiene para Debray dos causas:

—Falta de experiencia anterior que ha impedido conocer las condiciones propias de A.L., falta que ha provocado la imitación de la experiencia vietnamita, desgajándola de su medio propio;

—Desconocimiento de la revolución cubana, que permitió el nacimiento de un mito espontaneísta, ligado al nombre de foco, en una interpretación biológica: “propagación espontánea, irradiación microbiana en los tejidos sociales vecinos...” de las ideas revolucionarias a partir del foco.

c) Crítica de la base guerrillera

La mala interpretación de esta táctica es consecuencia de los mismos reflejos peligrosos de imitación. Además, en esta concepción que hace del establecimiento de una base fija el punto de partida y el objetivo primero de la guerrilla, se hace una inversión: parte de una estrategia que no es sino el resultado de una serie de pruebas de orden táctico. No se respeta el principio marxista: “ir de lo particular a lo general”, inversión propia de los intelectuales, lectores de obras teóricas que precisamente hacen, en general, el balance de sus experiencias tácticas.

Debray concluye: “En la etapa inicial la base guerrillera o base de apoyo, está en la mochila del combatiente.”

4. Partido y guerrilla.

Para apreciar las páginas que Debray dedica a esta cuestión en “¿Revolución en la Revolución?”, es preciso recordar que se trata de un trabajo polémico, destinado a la denuncia de los partidos tradicionales y de algunos otros, quienes, refiriéndose a principios justos, pero utilizados por ellos de manera vaga, sin ninguna precisión sobre lo que encubren las palabras, tratan, en los hechos y quiéranlo o no, de retardar la revolución.

Ahora bien, la argumentación de Debray puede ser descompuesta en los siguientes puntos:

a) La sumisión de la guerrilla al partido es un principio justo en la medida que se trata de someter toda acción militar a una línea política (“toda línea militar depende de una línea política que aquélla expresa”, “¿Revolución en la Revolución?”), y no es justo deducir de esto, que todo movimiento guerrillero debe depender de un partido.

El definir una línea política, es papel de la vanguardia revolucionaria del pueblo, pero, ¿es esta vanguardia el partido?, mejor dicho: ¿Cuáles son las condiciones que hacen del PC la vanguardia real de su pueblo? Debray examina la experiencia de los partidos chino y

vietnamita, y saca las siguientes conclusiones:

—Esos partidos habían desarrollado una línea política independiente de las fuerzas socialistas internacionales. Estaban profundamente ligados a su pueblo.

—Esos partidos estuvieron a la cabeza de la resistencia popular contra el extranjero, y se consolidaron, pues, como los abanderados de su patria. Se confunden con ésta.

—Obligados a replegarse al campo, esos partidos, en sus comienzos compuestos por intelectuales, estudiantes y lo mejor de la élite obrera, realizaron en la práctica la alianza obrero-campesina.

¿Acaso estas tres condiciones son cumplidas por los partidos comunistas tradicionales (o incluso por los otros movimientos que pretenden desarrollarse como partido antes de toda acción guerrillera)? La respuesta es, indudablemente negativa, por las condiciones mismas de su nacimiento. La naturaleza de esos partidos está adaptada a esas condiciones de nacimiento. Hoy en día las condiciones son otras y no las que imperaban en aquel entonces. No pueden cumplir el papel de vanguardia que es necesario en este momento.

Vemos así, como dice Debray, que existen conjunciones dialécticas (resultado de una historia anterior) entre una función dada (vanguardia) y una forma de organización (partido). Pero no hay equivalencia metafísica entre una y otra.

¿Qué debería hacer un partido para cumplir el papel de vanguardia?: realizar modificaciones a tres niveles:

—Un nuevo estilo de dirección (“Que el grueso de la dirección abandone la ciudad y se incorpore al ejército guerrillero”).

—Una organización nueva (Suspensión provisoria del centralismo democrático. “Romper con la plétora de comisiones, secretariados, congresos, conferencias, ampliados, plenos, reuniones y asambleas”).

—Nuevos reflejos ideológicos (cambio de actitud frente a los problemas, como por ejemplo frente a las alianzas; el partido y su supervivencia no son el fin—en—sí).

b) Debray no niega —como dicen algunos de sus detractores de diverso origen— la necesidad de una línea política correcta, estratégica, que no sólo puede hacerse, afirma Debray, mediante un “análisis concreto de los modos de producción en vigor en cada país de A.L., de las combinaciones existentes entre los diversos modos de producción, de las formas de dominación de un modo de producción sobre los otros”, es decir, en términos de clases.

“La lucha armada sólo tiene significado dentro del marco de una política concebida como ciencia”. “No hay lucha armada posible sin el análisis de sus condiciones históricas”. “El estallido de un foco de guerrilla rural está subordinado a un análisis político riguroso”. “Algunos años de acción revolucionaria obligan a reconocer que el heroísmo no es suficiente, sino que hace falta también madurez ideológica y sobre todo sentido político, au-

(2) ¿Qué rasgos principales son los característicos, en efecto, a esos movimientos?:

—las formas de organización preceden al contenido a organizar;

—creen que la conciencia y la organización revolucionaria deben y pueden, en todos los casos, preceder a la acción revolucionaria.

sencia de sectarismo, rigor en la preparación de la lucha armada, etcétera...”, “el foco podrá tener un papel activo solamente si encuentra su punto de inserción en las contradicciones en desarrollo”.

Podríamos agregar aún más citas, que de ese tipo hace Debray.

c) Necesidad de la fusión político-militar en las condiciones de América Latina.

Aparte de las simples cuestiones de eficacia práctica³, “la guerrilla, si aspira realmente a una guerra política total, no puede soportar a la larga, ninguna dualidad fundamental de funciones o poderes”. La homogeneidad de las direcciones política y militar es fundamental para asegurar el correcto desarrollo del movimiento, sea la fusión en forma individual o colegiada.

Por otra parte, “la guerrilla tiene necesidad, para triunfar militarmente, de reunir políticamente en torno de ella la mayoría de las clases explotadas”. Para esto “se necesita un largo esfuerzo paciente para coordinar todas las formas de lucha desde la montaña”. Citamos los propios términos de Debray: “Así, para que el pequeño motor ponga realmente en marcha al gran motor de las masas, sin lo cual su acción será limitada, es necesario, primero, que sea reconocido por las masas como su único intérprete y su único guía, so pena de dividir y debilitar las fuerzas del pueblo. Para que se opere ese reconocimiento es preciso que la guerrilla asuma todas las funciones de mando, políticas y militares. Todo movimiento guerrillero que quiera llevar hasta el fin la guerra del pueblo, convertirse, si es necesario, en ejército regular y comenzar una guerra de movimiento y posiciones, deberá en la A.L. llegar a ser vanguardia política indiscutida, con lo esencial de su dirección incorporada a su mando militar” (“¿Revolución en la Revolución?”, p. 92). ¿Por qué? “¿Cómo se justifica esta herejía?”. Porque sólo el movimiento guerrillero, en las condiciones dadas, puede sellar la alianza de clases indispensable: la alianza obrero-campesina.

Además, este ejército guerrillero que sella esa alianza, será el mismo que velará por la buena utilización del poder después de la victoria. Es en este sentido que Debray llega a afirmar:

d) El futuro ejército del pueblo —nacido del foco— engendraría el partido. En lo esencial, el partido no es otra cosa que ese mismo ejército.

En efecto, el partido debe ser el instrumento de la lucha de clases; pero si el instrumento ya no sirve, ¿debe acaso detenerse la lucha de clases?, o, por el contrario, ¿debe constituirse una nueva vanguardia? Pregunta ociosa, responde Debray: la lucha de clases —sobre todo en A.L.— jamás se detendrá. Por consiguiente, es necesaria la formación de una vanguardia. Y ésta ¿cómo se forma? ¿En torno de alguna etiqueta, que no tenga nada que ver con el problema inmediato de la toma del poder? (prorrusos, prochinos, etcétera...)⁴.

(3) Debray se recuerda en uno de sus textos de un guerrillero que le decía: “Si debemos esperar la orden de hacer saltar un puente, por donde pasará un regimiento enemigo, hay muchas posibilidades de hacerle saltar algunas semanas después del paso del regimiento en cuestión.”

(4) Recordemos la argumentación de Debray contra el maniqueísmo: “Si no es necesario ser del partido

Claro que no; la manera justa de formarla es la del ejército guerrillero: por la unificación en la base, de los miembros de todos los partidos o de los sin partido, en torno a la pertenencia, o no, a la guerrilla, es decir, en la mayoría de los casos que se planteen seriamente o no la cuestión de la toma del poder.

Recordemos que la realización, en la práctica, de la alianza obrero-campesina era una de las condiciones que cumplían los partidos de vanguardia de China y Vietnam. El ejército guerrillero puede cumplir esta tarea, como también debe cumplir las otras (línea política independiente, estar a la cabeza de la resistencia popular, etcétera...).

Es con esas explicaciones y precisiones previas que podemos entender la frase más “escandalosa” de Debray: “En ciertas condiciones, la instancia política no se separa de la instancia militar: ambas forman un todo orgánico. Esta organización es la del ejército popular cuyo núcleo es el ejército guerrillero. El partido de vanguardia puede existir bajo la forma propia del foco guerrillero. La guerrilla es el partido en gestación.”

III. CONCLUSION: LA NECESARIA DISCUSION.

El trabajo de Debray no debe ser tomado o rechazado “en bloque”, sino que debe ser materia de una discusión seria. El propio Debray parece indicarnos esta vía cuando dice: “Bajo ciertas condiciones...”. Es sobre estas condiciones que el trabajo de Debray puede y debe ser superado.

Y una vez más es el propio Debray quien nos dice cómo: mediante el análisis de los modos de producción y de sus formas específicas de combinación (con uno dominante), es que podemos tener las condiciones de desarrollo exitoso de un foco, en términos de clases.

Debray tampoco es tan absoluto como se le ha reprochado: refiriéndose al caso de Argentina, país urbanizado, en relación a otros países de América Latina, con la mayoría de su población urbana y obrera, dice que el foco de guerrilla rural sólo puede tener un papel subordinado en relación a las ciudades, pues nada podrá hacerse sin la participación activa de éstas.

La otra cuestión que se podría discutir, es la del mínimo de organización política, que exige base ideológica firme; con una clara visión de su objetivo, es decir, las cuestiones de su naturaleza y de su función, etcétera. Sabemos que esta organización es válida sólo en cuanto facilita y asegura el desarrollo de la guerrilla, sabemos también que no se trata de “hacer un partido” ya que “la guerrilla es la vanguardia política “in nuce”, y sólo de su desarrollo puede nacer el verdadero partido” y que toda otra tentativa para hacer el partido caería en lo politiquero.

Lo que los militantes de cada país deben resolver es, pues, la cuestión de ese mínimo

para ser revolucionario, esto no implica que basta estar fuera del partido para ser revolucionario”. Estas actitudes maniqueístas son en su mayoría quietistas: “En la A.L. de hoy, no se determina a un revolucionario por su relación formal frente al partido: con o contra el partido. El valor de un revolucionario, como el de un partido, es el de su acción.”

de organización política que los cuidará de los peligros del espontaneísmo. Quizá el estudio de lo que fue el Movimiento "26 de Julio" en Cuba, será un elemento precioso en esta tarea.

Hemos recordado las principales tesis de Debray. Pensemos que el conjunto de su obra es un aporte muy importante si se le sabe uti-

lizar, y discutir lo que hay que discutir sin deformar sus ideas (aunque su formulación lo permita a veces), sin crear un nuevo mani-queísmo: "Por Debray-contra Debray" en forma absoluta, sino diciendo: "Con Debray, por la revolución"⁴.

A. B.



Los católicos y la revolución

por JULIO HUASI

REVUELO produjo hace poco un cable con declaraciones del arzobispo de Olinda y Recife, Brasil, Helder Cámara: "El mundo marcha inevitablemente al socialismo". Justamente cuando ese fuerte sector "post-conciliar" de la iglesia brasileña inauguraba, además, las misas en tiempo de samba. Debajo de esta superficie es menester bucear en una gran cantidad de fenómenos de palpitante magnitud que se han producido estos años en el catolicismo latinoamericano.

En el origen de estos acontecimientos que conmovieron no sólo a la "cristiandad", sino al cuadro político mundial, trasuntados en el apresurado y dramático **aggiornamento** de la Iglesia Católica-Apostólica-Romana, hay una quemante piedra de toque que hizo tañir las enmohecidas campanas de la estrategia y las tácticas del Vaticano: sonaba nuevamente en el mundo la hora de la revolución, una revolución que se propagaba sin respetar fronteras ni manuales clásicos ya neutralizados: la Revolución Cubana. Entendiendo mejor que sus aliados naturales —entre los que se cuenta el imperialismo norteamericano—, la verdadera proyección del suceso cubano, la Iglesia apeló a toda su sabiduría y audacia para preservar sus bienes y su reinado, puesto que el Vaticano es, entre otras cosas, un estado, una potencia financiera e ideológica. Las encíclicas **Pacem in Terris** de Juan XXIII (Jueves Santo, 11 de abril de 1963), y la **Populorum Progressio**, de Pablo VI (Pascua, 26 de marzo de 1967), revelan esta puesta al día y el sacrificio parcial de algunos aliados, cuyo naufragio histórico la Santa Iglesia avizora y no quiere compartir. Amén de otro hecho que los príncipes de Roma ya habían comprobado hasta la angustia: la lucha de clases arrastraba en sus oleajes a las masas de católicos y los separaba en sus respectivos bandos de intereses: los pobres junto a sus hermanos ateos y los ricos donde siempre estuvieron.

La colaboración de clases, o sociedad **pluralista**, se hundía sin que Dios hiciera nada por salvarla. A los execrables y exorcizados fantasmas de Marx, Lenin y Mao, se agregaban dos aún más temibles, puesto que trascendían la diplomacia de la URSS y todas las prudencias aconsejadas por la coexistencia pacífica, ya hecha pública: Lumumba y Fidel Castro. Los fieles cubanos insultaban en plena misa a los curas contrarrevolucionarios. El triunfo inapelable de Fidel y su irradiación

hacia Latinoamérica, donde las estadísticas consignaban 200 millones de creyentes, fueron el revulsivo que decidió a la Jerarquía a no esperar más. Y otro acicate endemoniado: los aires revolucionarios agitaban al bajo clero, ligado por origen y acción pastoral a las masas pauperizadas de este continente y de todo el llamado Tercer Mundo. La Iglesia decide no encarar la lucha a muerte como su aliado yanqui, sino que, sin perder la cabeza ante el diluvio, embarcarse en el arca de Noé para bogar por los tranquilos ríos de las reformas mínimas y "salvarse" del apocalipsis de la revolución. Los Kennedy son católicos prominentes, por ejemplo.

EL CRISTO ARMADO

"Durante la violencia asistimos a la muerte de varios sacerdotes, a profanaciones y actos iconoclastas, lo cual revela un cambio en la actitud del campesinado respecto de la institución eclesiástica... El campesinado colombiano tuvo una actitud de rechazo al sacerdote... Es necesario que el campesino lo sienta solidario con sus intereses". Esto escribía Camilo Torres Restrepo, sacerdote, sociólogo y guerrillero colombiano en su ensayo **La Violencia y los Cambios Sociales** (Pensamiento Crítico, N° 1, febrero 67, La Habana). Poco después, hastiado de la farsa electoral, a la que se suma la izquierda, en la que confió para liberar a su patria, se incorporó a las guerrillas del Ejército de Liberación Nacional, cayendo en combate el 15 de febrero de 1966.

CATOLICOS REFORMISTAS O REVOLUCIONARIOS

La actitud de Camilo Torres electriza a fieles, seglares y laicos. La fecha de lanzamiento de la **Populorum Progressio** coincide con el recrudescimiento de las guerrillas latinoamericanas y con el empantanamiento progresivo de los yanquis en Vietnam. Dos años antes, en Brasil, un obispo de gran capacidad política, se quita la cruz episcopal de oro y la cambia por una de madera: Helder Cámara hereda el nordeste de "sertaos" hambrientos, de las convulsionadas Ligas Campesinas creadas por Juliao y el padre Melo, y enfrenta, seguro de sí mismo, al gorilaje militar. Cuando el comandante del IV Ejército hace correr circulares en su contra entre los párrocos, provoca una crisis política nacional. Resulta-

do: el comandante es reemplazado por otro que le hace una visita de cortesía. Esto habla de la fuerza política del obispo Cámara, cuyo reformismo avanzado y desilusionado de la Alianza Para el Progreso, provoca reacciones envenenadas de los factores de poder, entre los que se cuentan otros obispos.

El mundo católico se encuentra en efervescencia. El CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano), reunido en Mar del Plata, Argentina, octubre 1966, señala alarmado: "la ausencia de las grandes masas en el desarrollo y la integración". En una conferencia pronunciada en San Pablo, Brasil, en junio 1967, Helder Cámara inquiriere (Cuaderno Nº 9 de Marcha, Montevideo, enero 68): "¿Hasta cuándo América Latina va a aceptar la imposición de tener a su hermana Cuba como excomulgada?". Y se pregunta si eso no significa "dejarla siempre más en la órbita del imperialismo soviético, y es crear, ahí sí, sobre todo en la juventud, el mito Cuba, como modelo de revolución y despegue del subdesarrollo?". Luego, repitiendo el leit-motiv de Pablo VI y de la política de coexistencia pacífica, exhorta a "tender un Puente de la Concordia entre el mundo occidental y el mundo socialista".

Otro obispo brasileño, Antonio Fragoso, desata las iras gobernantes por defender a Cuba. El padre Francisco Laje, condenado por Castello Branco a 28 años de prisión, se exila en México. Alipio de Freitas, otro sacerdote, es perseguido igualmente, mientras el obispo de Santo André, Mons. Jorge Marcos, arremete contra las clases dirigentes, denunciando "la explotación y el hambre de las clases trabajadoras, con pleno derecho a usar la violencia para liberarse de su esclavitud". No en vano M. Marcos es obispo de la zona del mayor complejo económico-industrial de Brasil, que incluye a San Pablo.

A todo esto, Pablo VI no desautoriza a sus obispos, como hubieran hecho sus antecesores. La Iglesia se halla en plena ofensiva por la conquista de la hegemonía política en las clases populares, con un programa reformista y los métodos siempre eficaces del populismo. Helder Cámara denuncia "los monopolios norteamericanos" y se da el lujo de desmascarar el llamado Frente Amplio, rechazando la candidatura a presidente del gorila Lacerda, apoyado por el tibio Goulart, que fuera desalojado del poder por el primero, y el comunista Prestes, acusado por algunos excomaradas que propugnan la vía armada de "no haber aprendido nada". Y "Dom Helder" puede agregar sonriente: "Mi manera de combatir el comunismo es combatir la miseria".

CATOLICOS EN LA GUERRILLA Y MARXISTAS EN LAS URNAS

Es sabido que muchos militantes católicos integran las guerrillas de las FAR en Guatemala. Un periodista chileno, católico, de paso por Ciudad de Guatemala, entrevistó a cuatro de ellos que habían bajado al llano a buscar medicinas. Ante su pregunta: "¿Cómo pueden ustedes matar, siendo católicos?", respondieron sin vacilar: "El imperialismo nos está matando. No podemos responderle con oraciones. Si queremos la liberación es mejor matar al gringo".

Por ello, los católicos más radicalizados son unánimes en declarar que el "diálogo" no conduce a nada y en hallar "bastante tibio"

el Diálogo de la Epoca, Católicos y Marxistas (Platina, Buenos Aires, 1965) que en realidad gira alrededor del exclusivo tema de la paz. Sus autores italianos parecen no conocer o sentir el drama del subdesarrollo ni las nuevas corrientes católicas revolucionarias, al obnubilarse con la Pacem in Terris, cuando ya había católicos armados luchando por la revolución.

Asimismo critican el "diálogo" entre el filósofo comunista francés Roger Garaudy y el jesuita canadiense Leslie Dewart por no afrontar los temas capitales del derrocamiento del imperialismo, como tampoco encuentran "nada substancial" en la colección de artículos y discursos del diputado y dirigente comunista Orlando Millas (Los Comunistas, los Católicos y la Libertad, Austral, Santiago, 1964).

Juan García Elorrio, líder del movimiento Camilo Torres, de Argentina y director de la revista *Cristianismo y Revolución*, aclara: "Nosotros estamos contra el "diálogo". Entre compañeros no se dialoga, se dispara juntos. Sólo dialogan dos comerciantes sentados a una mesa concertando un negocio... No queremos ser la "izquierda católica", sino revolucionarios entre revolucionarios". García Elorrio, fue secuestrado en Montevideo y entregado a la policía argentina en Buenos Aires a mediados de marzo.

La entrevista que el periodista uruguayo Carlos M. Gutiérrez efectuó al Nuncio Apostólico en La Habana, M. César Zacchi, da la vuelta al mundo. Zacchi debe reconocer el apoyo masivo de los católicos cubanos a la revolución y acota: "La Iglesia debe adaptarse a todos los regimenes porque su imperativo es el cuidado de las almas y no debe abandonarse el rebaño".

La revista *Informaciones Católicas Internacionales* (París, reeditada en Méjico, Nº 306, 2ª quinc., febrero 1968), reproduce la declaración de los cuatro sacerdotes que asistieron al Congreso Cultural de La Habana en enero: Mons. Guzmán (Colombia), P. Zaffaroni (Uruguay), P. Ezcurdia (Méjico) y P. Blanquart (Francia), en la que proclaman su credo revolucionario y su antimperialismo "hasta las últimas consecuencias". Esta publicación sigue atentamente los sucesos de "los rebaños" del tercer mundo y ofrece nuevas declaraciones del obispo brasileño Marcos: "Una revolución armada de parte del pueblo se justifica cuando reina la opresión". A todo esto, un cable del 11/3/68, procedente de Washington, informa que el Rvdo. Thomas Melville y su actual esposa, la ex-monja Marian Peter Bradford, expulsados de Guatemala y de la Orden de Maryknoll, por colaborar con las guerrillas, declararon ante las cámaras de la CBS: "La unión de guerrilleros y cristianos es una fórmula invencible", anunciando que se incorporarían a la guerrilla.

La revista *Vispera* (del Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos, Montevideo, Nº 4, enero 1968), rinde homenaje al Che Guevara, mientras el periódico boliviano *Presencia* (La Paz, 22/2/68), publica un documento de los obispos, sacerdotes y monjas de dicho país sobre el drama minero, con un sorpresivo tono sindicalista.

Es poco el espacio para completar el panorama de la crisis católica en América Latina, donde resuenan las palabras de Camilo Torres: "El deber de todo cristiano es ser revolucionario".